

quistan cuantos corazones tratan! ¿No es preciso confesar que el corazón de estos hombres es magnánimo; que no se aturde ni se inflama con el oro, y que si nació sin empleos y sin honores, á lo menos fué siempre digno de ellos?

Y si estos mismos hombres, en vez de abusar de su poder ó su dinero para oprimir al desvalido ó atropellar al pobre, en cada uno de estos desgraciados reconocen un semejante suyo, lo halagan con su dulce trato, lo alientan con sus esperanzas y lo favorecen cuando pueden, ¿no es verdad que en vez de murmuradores, envidiosos y maldicientes, tendrían un sinnúmero de amigos y devotos que los llenaran de bendiciones, les desearan sus aumentos y glorificaran su memoria aun más allá del término de sus días? ¿Quién lo duda?

Ni es prenda menos recomendable, en un rico de los que hablo, una ingenuidad sincera y sin afectación. El saber confesar nuestros defectos nosotros mismos es una virtud que trae luego la ventaja de ahorrarnos el bochorno de que otros nos los refrieguen en la cara; y si el nacer pobres ó sin ejecutorias es defecto,<sup>1</sup> confesándolo nosotros les damos un fuerte tapaboca á nuestros enemigos y envidiosos.

<sup>1</sup> No son defectos. El mundo mira con desprecio á los pobres y á los que no brillan con la nobleza; pero ésta es una de las locuras de que está el mundo lleno. Los defectos que no penden del arbitrio del hombre, no son vituperables ni se deben echar en cara. Hacerlo es necedad.

El no negar el hombre lo humilde de sus principios cuando se halla en la mayor elevación, no sólo no lo demerita, sino que lo ensalza en el concepto de los virtuosos y sabios, que son entre quienes se ha de aspirar á tener buen concepto, que entre los necios y viciosos poco importa no tenerlo.

Bien conoció esta verdad un tal Wigiliso, que habiendo sido hijo de un pobre carretero, por su virtud y letras llegó á ser arzobispo de Maguncia, en Alejandría, y ya para no engreirse con su alta dignidad, ó como dijimos, para no dar que hacer á sus émulos, tomó por armas y puso en su escudo una rueda de un carro con este mote: *Memineris quid sis et quid fueris*: Acuérdate de lo que eres y de lo que fuiste.

Tan lejos estuvo esta humildad de disminuirle su buen nombre, que antes ella misma lo ensalzó en tanto grado, que después de su muerte mandó el emperador Enrico II que aquella rueda se perpetuase por armas del arzobispado de Maguncia.

Agatocles, como rey y rey rico, tenía oro y plata con que servirse á la mesa, y sin embargo, comía en barro para acordarse que fué hijo de un alfarero.

Y por último, Bonifacio VIII fué hijo de padres muy pobres; ya siendo pontífice romano, fué á verlo su madre; entró muy aderezada, y el santo Papa no



la habló siquiera, antes preguntó: — *¿Quién es esta señora?*— Es la madre de Vuestra Santidad.— *No puede ser eso, dijo, si mi madre es muy pobre.*— Entonces la señora tuvo que desnudarse las galas, y volvió á verlo en un traje humilde, en cuya ocasión el Papa la salió á recibir y la hizo todos los honores de madre como tan buen hijo.<sup>1</sup>

Ya veis, pues, queridos míos, como ni los oficios ni la pobreza envilecen al hombre, ni le son estorbo para obtener los más brillantes puestos y dignidades, cuando él sabe merecerlos con su virtud ó sus letras. En estas verdades os habéis de empapar, y éstos son los ejemplos que debéis seguir constantemente, y no los de vuestro mal padre, que habiéndose connaturalizado con la holgazanería y la libertad, no se quería dedicar á aprender un oficio ni á solicitar un amo á quien servir, porque era noble; como si la nobleza fuera el apoyo de la ociosidad y del libertinaje.

La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme, pero en vano. Yo me empeoraba cada día, y cada instante le daba nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que,

<sup>1</sup> De Benedicto XI se sabe, que siendo un pobre hijo de una lavandera de paños, exaltado al pontificado, fingió también no conocerla, porque iba vestida de seda, y así que fué á visitarlo con su humilde traje de lana la conoció y obsequió.

De Benedicto XII, dice la historia, que habiendo sido hijo de un molinero, no quiso jamás reconocerlo sino en su propio traje de molinero. Estos heroicos ejemplos de humildad han quedado escritos para realzar más el mérito y la virtud de tales personajes. Véase el *Onomáston* de Guillermo Burio, secc. X., fol. 358.

acosada de la miseria y oprimida con el peso de mis maldades, cayó la infeliz en cama de la enfermedad de que murió.

En este tiempo ¡qué trabajos para el médico! ¡qué ansias para la botica! ¡qué congojas para el alimento no costó, no á mí, sino á la buena de tía Felipa! Porque yo, pícaro como siempre, apenas iba á casa al medio día y á la noche á engullir lo que podía, y á preguntar, como por cumplimiento, cómo se sentía mi madre.

Ya han pasado muchos años, ya he llorado muchas lágrimas y mandado decir muchas misas por su alma, y aún no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia, que incesantemente me dicen: «Tú mataste á tu madre á pesadumbres; tú no la socorriste en su vida, después de sumergirla en la miseria, y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte.» ¡Ay, hijos míos, no quiera Dios que experimentéis estos remordimientos! Amad, respetad y socorred siempre á vuestra madre, que esto os manda el Criador y la naturaleza.

Por fortuna la fiebre que le acometió fué tan violenta que en el mismo día la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fué por fortuna, porque si hubiera estado sin este achaque, habría padecido doble con sus



dolencias, y con la pena que le debería haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

En los seis días que vivió, todo su delirio se redujo á darme consejos y á preguntar por mí, según me dijeron las vecinas, y yo cuando estaba en casa no le oía decir sino: — ¿Ya vino Pedro? ¿Ya está ahí? Déle usted de cenar, tía Felipa; hijo, no salgas, que ya es tarde, no te suceda una desgracia en la calle;— y otras cosas á este tenor con las que probaba el amor que me tenía. ¡Ay, madre mía! ¡Cuánto me amaste, y qué mal correspondí á tus caricias!

Finalmente, su merced espiró cuando yo no estaba en casa. Súpelo en la calle, y no volví á aquélla ni puse un pie por sus contornos, sino hasta los tres días, por no entender en los gastos del entierro y todos sus anexos, porque estaba sin blanca, como siempre, y el cura de mi parroquia no era muy amigo de fiar los derechos.

A los tres días me fuí apareciendo y haciéndome de las nuevas, contando cómo había estado preso por un pleito, y con el credo en la boca por saber de mi madre, y qué sé yo cuántas más mentiras, con las que, y cuatro lagrimillas, les quité el escándalo á las vecinas y el enojo á nana Felipa, de quien supe que, viendo que yo no parecía y que el cadáver ya no aguantaba, barrió con cuanto encontró, hasta con el

colchón y con mis pocos trapos, y los dió en lo que primero le ofrecieron en el baratillo, y así salió de su cuidado.

No dejó de afligirme la noticia, por lo que tocaba á mi persona, pues con el rebato que tocó me dejó con lo encapillado y sin una camisa que mudarme, porque cuantas yo tenía se encerraban en dos.

A seguida me contó que debía al médico no sé cuántas visitas y al boticario qué sé yo qué recetas, que como nunca tuve intención de pagarlas no me impuse de las cantidades.

Después de todo, yo no puedo acordarme sin ternura de la buena vieja de tía Felipa. Ella fué criada, hermana, amiga, hija y madre de la mía en esta ocasión. Fuérase de droga, de limosna ó como se fuese, ella la alimentó, la medicó, la sirvió, la veló y la enterró con el mayor empeño, amor y caridad, y ella desempeñó mi lugar para mi confusión, y para que vosotros sepáis de paso que hay criados fieles, amantes y agradecidos á sus amos, muchas veces más que los mismos hijos; y es de advertir que luego que mi madre llegó al último estado de pobreza, le dijo que buscara destino, porque ya no podía pagarle su salario; á lo que la viejecita, llorando, le respondió que no la dejaría hasta la muerte, y que hasta entonces la serviría sin interés, y así lo hizo, que en todas